

un premio a onetti y otro a rosales

carlos martínez moreno

NOTICIAS recién llegadas de España anuncian que Onetti ha ganado, en el rubro de novela, el premio nacional (español) de la Crítica correspondiente a 1979, por *Dejemos hablar al viento*. Y Luis Rosales el mismo premio, en el ítem de la Poesía, por su libro *Diario de una resurrección*. Esta sección, que no es de crítica sino meramente de crónica, tiene algo que decir sobre estos hechos.

1. EN CUANTO A ONETTI

EN el número 3 de esta segunda época de CUADERNOS DE MARCHA -a ninguna de cuyas emisiones hasta hoy he faltado (mérito o culpa de la obstinación de Quijano)- reseñé la última novela de Onetti, tratando de situarla dentro del conjunto de su producción y señalando la suma alterna de sus novedades y sus recurrencias. Creativamente, es lo primero que publica Onetti desde 1966 y coincide con una cifra redonda de su edad: la de sus 70 años. Poco comentado y poco visto en las librerías de esta ciudad de México, el libro -a menos de un año de lanzado- ya va por su tercera edición. A los periodistas madrileños que lo interrogan, Onetti les declara: "Me ha sorprendido el éxito de esta novela, bastante difícil para el lector, pues aparecen en ella muchos personajes de novelas anteriores, que si no se han leído pueden parecer confusos. Sin embargo, parece que se vende muy bien, aunque yo nunca he sido un escritor de *best-sellers*. Pienso que la propaganda que hizo Bruguera en su presentación y lanzamiento ha contribuido mucho".

Y agrega que al presente está escribiendo "algo muy extraño, que no sé si es novela o qué". Ante sus amigos lo ha definido como un libro del cual sólo sabe que trata del amor y tiene

anticipadamente una extensión de cien capítulos breves ("ni uno más ni uno menos").

Para obtener este premio nacional de novela en España, Onetti debió reunir más sufragios de la crítica que el recientemente fallecido novelista cubano Alejo Carpentier, hace poco tiempo Premio Cervantes de la misma península, quien aparecía compitiendo con su última novela, *El arpa y la sombra*; y que el hispanico Luis Goytisolo, de quien concursara *La cólera de Aquiles*.

Desterrado de su país y en su momento difamado por su gobierno, Onetti acaba de llegar con este título premiado a las librerías de su ciudad natal de Montevideo, venciendo las reticencias de la vaga censura que imperaba a su respecto. Cotejo de fuerzas dispares más que liberalización del régimen.

Se anuncia la venida de Onetti a México, para dentro de un par de meses, invitado por la Universidad Veracruzana.

2. EN CUANTO A ROSALES

GRAN amigo de Onetti, Rosales tiene casi su misma edad: nacido el 31 de mayo de 1910, cumplirá sus 70 años apenas haya participado en un coloquio internacional de escritores, que Arturo Azuela planea realizar en la UNAM, entre los días 2 y 11 del mes de mayo, y al cual el poeta ha prometido concurrir.

El premio nacional de poesía, en su caso, se le adjudica por su *Diario de una resurrección*, publicado muy recientemente en una edición internacional del Fondo de Cultura Económica.

Famoso desde hace años en la vida literaria española, entre otras razones porque en su casa

andaluza refugió en 1936 a Federico García Lorca y allí fue aprehendido por los franquistas, la resonancia de su nombre tuvo inicialmente el ribete de escándalo que propagaba aquel episodio, con relación al cual la historia - tras muchas y minuciosas investigaciones - ha emitido, respecto de Rosales, un fallo plenamente absolutorio.

Poeta de la generación del 36, acaso sea — como dicen — el último superviviente de la misma: desde Panero a Ridruejo, los demás han muerto.

Individuo afable y encantador, es un poeta diáfano, sin argüidas dificultades de expresión ni de entendimiento. Carlos Bousoño celebra, en el caso de su más reciente libro, sus “súbitas asociaciones inesperadas y sin embargo clarísimas”. Hay a veces un humor ligero y socarrón y un comedido y deliberado toque prosaico que no afectan a sus mejores poemas y que, por el contrario, ayudan a simpatizar más con ellos. Sin haber sido nunca tomado por entero en ella, la experiencia poética del surrealismo suele aparecer en el desfado de su poesía (“las gallinas son como faltas de ortografía” escribe, creo, en *Canciones*). Pero también están allí Machado, Quevedo y los propios contemporáneos de Rosales, que primero y antes de toda otra cosa le interesan como sus amigos y luego comunican giros, modos, anécdotas y aventuras creadoras cómplices, donde la poesía de Rosales suele encontrar sus mejores hallazgos. De las gracias de la vida a las fortunas del arte su poesía pasa con el aire de la más gozosa felicidad, creando al mismo tiempo profundidades, espacios y distancias que son de lo más suyo. Sin énfasis y sin prepotencias en la significación poética, sus versos — sabios en el oficio, livianos y dichosamente tersos — llegan a ser a la vez simples y luminosos. El secreto de su novedad finca en un punto muy individual de confluencia entre lo intelectual y lo libremente imaginativo. Original sin desplantes, civilizado sin alarde, alegre y a menudo bromista en la actitud que observa frente a los propios elementos y materiales de su creación, sus libros son deleitosos y muy personales, sin proponerse nunca expresamente como memorables. *El contenido del corazón* (1969), escrito en una prosa poética auténticamente hermosa y auténticamente prosa, es una suerte de breviario

de la memoria sentimental y afectiva (y, por ende, de la nostalgia) de los que no suelen abundar en nuestra lengua ni en la actitud de quienes componen en ella. Dámaso Alonso ha proclamado que *La casa encendida* (1951) es uno de los libros verdaderamente importantes que ha producido de lírica en la mitad de este siglo; su poema a Vivanco, por ejemplo (cito de memoria) cabe en la antología más rigurosa de la poesía escrita en español en estos últimos cincuenta años. *Canciones*, por su arte, el libro más travieso y aforístico de Rosales, puede ser leído como un delicioso homenaje al surrealismo, a Ramón Gómez de la Serna y seguramente a muchas otras experiencias de la literatura que conciernen vitalmente al autor.

No creo que *Diario de una resurrección* se sitúe a un nivel más alto que el de *La casa encendida*. Pero lo emula con honor poético y tiene, por añadidura, este envite muy especial, con mayor evidencia que nunca en la obra poética de Rosales: el de su unidad dominante de tema, articulada en el proceso mismo de su ondulante secuencia creadora. *Diario de una resurrección* es un solo y largo poema de amor, escrito en dos veranos de Cercedilla, con toda la madurez y la plenitud creadoras de un poeta y de un hombre que a sus 70 años y en esa dualidad de su condición se mantiene envidiablemente joven. La edad otoñal sienta muy bien a Rosales.

Nunca he escrito ni escribiré crítica poética cabalmente tal. Hedonísticamente, divido a los poemas en dos categorías: los que me interesan y aquéllos por cuyas líneas tropiezo o resbalo. Rosales me parece, en esa antojadiza dicotomía acrítica, un poeta lleno de su propia vida y de los generosos hallazgos de esa vida. Este canto de amor no lo remonta a una altura mayor que la de sus mejores momentos anteriores de la celebración de la amistad y la naturaleza; pero lo sostiene en ellos y lo revalida y renueva, a una edad en que otros, por agotamiento, se repiten o callan. Lo cual me parece suficiente — y suficientemente jubiloso — para que se le discierna con el mejor de los derechos el premio que, con el aditamento afectivo — tan señalado para él — de emparejarlo a Onetti, hoy acaba de otorgársele.